EL PASTOR DE ALMAS SEGÚN SAN AGUSTÍN

Una lámpara de barro

1.Introducción

Cuando tenemos que explicar una realidad compleja a personas sencillas, generalmente utilizamos metáforas, imágenes, comparaciones. Lo mismo hacía san Agustín en sus sermones. Sabía que cuando predicaba en Hipona, la gran mayoría de sus oyentes eran personas de escasa cultura y de una fe que se apoyaba en lo que podían recordar en su memoria. Por eso san Agustín como buen orador, llena sus sermones y sus explicaciones de la Sagrada Escritura con imágenes, comparaciones y ejemplos que eran familiares a sus oyentes. De este modo en el sermón 46, el conocido sermón sobre los pastores –con sus claras connotaciones y contexto antidonatista-, para hablar de la figura de quien ha recibido el encargo de parte de Dios de apacentar a su rebaño, san Agustín utiliza una imagen que está presente a lo largo de todo el sermón: la imagen de la lámpara.

Tanto san Agustín como sus oyentes estaban familiarizados con las lámparas de barro, ya que las utilizaban todos los días, y al irse la luz del sol, la vida continuaba bajo la tímida luz de estas lámparas. Sabemos por san Posidio que san Agustín escribió, o más bien dictó sus obras a la luz de estas lámparas de aceite (*Vita* 24), y que siendo joven, estando todavía en Italia, se quejará de que la luz de las lámparas de Roma no es tan buena como la de las lámparas de África debido a la calidad del aceite, ya en el su patria el aceite era mejor y más barato (*Acad*. 1, 3, 6).

La imagen de la lámpara de barro le servirá también a san Agustín, dentro de las *Enarrationes in Psalmos*, los sermones dedicados a exponer el libro de los salmos, para explicar el misterio de la Encarnación: Cristo asume la naturaleza humana con todo lo que ella implica, su barro, su fragilidad, su caducidad –contra los docetismos y las diversas versiones gnósticas de la encarnación-, pero llenandola de la vida inextinguible de Dios que sería el fuego que existe en la lámpara (*en. Ps*. 138, 14).

Las lámparas de barro son también para san Agustín figura de los buenos y malos cristianos, ya que cuando un mal cristiano deja que se apague en él el fuego de Dios, no sólo ya no alumbra sino que llena la casa de humo y de mal olor (*Io. eu. tr*. 23, 3).

El pastor de almas es pues para san Agustín, como una lámpara de barro (*s*. 46, 5), alimentada con aceite. Ha recibido algo que no es suyo: el fuego de Dios. Un fuego que debe comunicar a sus hermanos iluminándolos con las enseñanzas propias de la Palabra de Dios, con la fuerza de los sacramentos, pero también dando calor y luz con el testimonio de su vida, dando ejemplo de entrega a los hermanos a imitación de Cristo, dejando que la vida se le consuma, con alegría, en el ministerio y servicio prestado a los hermanos en favor de la Iglesia.

La lámpara no ha recibido el fuego para su provecho propio, sino para los demás. Si se ha encendido una lámpara, como dice el evangelio y comenta san Agustín, no es para ponerla debajo del celemín, sino para colocarla en el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa (Mt 5, 15). Esta es la misión del pastor de almas dentro de la Iglesia, ser como una lámpara que ha recibido un don que debe comunicar a los hermanos, pero sin olvidar, elemento esencial en el discurso agustiniano, que aunque ha recibido algo maravilloso, el fuego de Dios, sigue siendo una pobre lámpara frágil de barro. Por eso no debe buscar su vanagloria, ni buscar en el minsterio pastoral su propia alabanza o interés particular (*s*. 46, 6). Debe ser humilde y ante todo, buscar no sus propios intereses, sino los de Cristo (Fil 2, 21: *s*. 46, 2).

La lámpara se alimenta con el aceite y el pastor de la Iglesia distribuye aquello mismo de lo que él se alimenta (*s*. 339, 4). No es simplemente un funcionario, ni el dueño de aquello que da a sus hermanos. Es un ministro, un servidor (*s*. 339, 4), que también se nutre de aquello que da. De aquí la importancia de la vida interior del pastor. Si la lámpara se deja de alimentar del aceite de

la vida espiritual, el fuego de Dios se apaga y una lámpara que no alumbra, ¿Para qué puede servir?

2. El Pastor de almas según san Agustín en el sermón 46.

Hemos oído en muchas ocasiones que san Agustín nunca había soñado con convertirse en un pastor de almas. Su sueño inicial, después de haber recibido el batismo en la noche de Pascua del año 387, fue el de servir a Dios como un monje, como un *seruus Dei*, hasta el final de su vida, dedicado a la oración, la meditación de los misterios de Dios, el trabajo manual e intelectual, la vida comunitaria, la lectura de la palabra de Dios y la celebración de sus misterios. Todo ello queda plasmado en la carta que le dirige a su *alter ego*, Nebridio (*ep*. 10, 2), pues este proyecto espiritual queda englobado en lo que él llama "*deificari...in otio*". No obstante como bien sabemos, la Iglesia requiere de sus servicios como pastor, ya que la Iglesia católica del norte de África vivía momentos de una verdadera y grande crisis. En el norte de África a finales del siglo cuarto, existía una Iglesia dividida desde hacía más de un siglo por un doloroso cisma (el donatista), que dentro de la Iglesia de Hipona había llegado a ser muy grande, hasta tal punto que los obispos donatistas les habían prohibido a los panaderos el que les vendieran pan a los católicos (*c. litt. Pet*. 2, 184). Una Iglesia con un clero que tenía una escasa preparación, y en algunas ocasiones, una dudosa vida moral. Una Iglesia incapaz de hacer frente a otros enemigos como el maniqueísmo y el paganismo. Una Iglesia que veía a sus fieles católicos vacilar en su propia fe y volver a llenar los teatros y anfiteatros, aclamando con la misma voz con la que cantaban las alabanzas divinas, a los gladiadores y a los aurigas (*en. Ps.* 39, 8). Por ello cuando el obispo Valerio –de latín vacilante (pues era de origen griego, [*Vita* 5]) y avanzada edad-, al igual que el pueblo fiel de Hipona reconocen a san Agustín entre los fieles, literalmente lo "apresan" (así lo refiere el mismo san Agustín "*fui apresado (apprehensus) y hecho presbítero*" s. 355, 2) y lo obligan a que acepte convertirse en presbíterio de la Iglesia de Hipona. San Agustín, aunque tuvo la tentación de escapar a la soledad por sentirse indigno del ministerio sacerdotal y abrumado por el peso de sus culpas (*conf*. 10, 70, no sabemos si antes o después de su ordenacióin sacerdotal, que posiblemente sucedió en enero del 391), decide aceptar la voluntad de Dios meditando las palabras de san Pablo en 2 Cor 5, 14-15: "***S****i uno murió por todos, todos por tanto murieron.* [15] *Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*."

A partir de entonces, san Agustín renuncia a su vida de *otium sanctum*, para abrazar el *amoris officium* (*Io. eu. tr*. 123, 5), el minsiterio pastoral, sin dejar de ser monje y esto es preciso subrayarlo. Aunque sea presbítero y después obispo, san Agustín nunca dejará de ser monje, y de vivir como un monje más, en la medida en lo que se lo permitan sus obligaciones, que eran la onerosa carga o *sarcina* (mochila de los legionarios romanos: *s.* 339, 2) que la Providencia divina había cargado sobre sus hombros.

Una constante en las reflexiones que hace san Agustín sobre el minsterio pastoral, es señalar que no se trata de ningún honor (*honor*) sino de un peso y una carga (*onus:* s. 301, 8), que sólo se pueden llevar con dignidad y alegría con la ayuda de la gracia de Dios. Y es interesante como en la carta 21, escrita casi al mismo tiempo de su ordenación, en enero del 391, san Agustín escribe: "(…) *en esta vida, máxime en estos tiempos, nada hay más fácil, más placentero y de mayor aceptación entre los hombres que el ministerio de obispo, presbítero o diácono, si se desempeña por mero cumplimiento y adulación. Pero al mismo tiempo, nada hay más torpe, triste y abominable ante Dios que esa conducta. Del mismo modo, nada hay en esta vida, máxime en estos tiempos, más gravoso, pesado y arriesgado que la obligación del obispo, presbítero o diácono; tampoco hay nada más santo ante Dios si se milita en la forma que exige nuestro Emperador*". (ep. 21, 1)

El pastor será para san Agustín un ministro, un simple servidor, según su frase tan repetida en sus escritos: *Dispensator verbi et sacramenti* (*c. litt. Pet.* 3, 67). No es el dueño ni el mediador. En la teología agustiniana -que tiene en muchos casos como telón de fondo el pensamiento neoplátonico particularmente el de Porfirio, que a través de la teurgia proponía muchos mediadores entre Dios y los hombres (*ciu*. 10, 10)-, para san Agustín será muy claro que sólo existe un mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo. Nadie va al Padre si no es por él, que es Patria y camino a la vez (*s*. 123, 3, 3).

Cristo es el único sacerdote (*conf*. 10, 69), y quien desempeñe el minsterio sacerdotal en la tierra en cualquiera de sus grados, lo hará en nombre de Cristo, con el poder recibido de Cristo a través de su Iglesia y en favor de la misma Iglesia, en comunión con sus dirigentes, su tradición, magisterio y su regla de fe (*ep*. 265, 6). De aquí que san Agustín tenga mucho cuidado al utilizar la palabra "sacerdote" (*sacerdos*), pues el único y Sumo Sacerdote ungido por el Padre desde toda la eternidad es Cristo (*c. Faust*. 12, 36). Por ello la palabra "*sacerdos*" en los escritos agustinianos, en la mayor parte de los casos, se aplica o bien al sacerdocio del Antiguo Testamento (*c. ep. Par.* 2, 14), o bien directamente a quien es el Sacerdote Eterno, Cristo (*trin*. 1, 20). Los demás grados del sacerdocio serán denominados con el nombre de obispo (*episcopus*), presbítero (*presbyter*) y diácono (*diaconus*), aunque no excluye el término con-sacerdote (*consacerdos*), para referirse a aquellos que comparen con él el ministerio sacerdotal recibido de Cristo por medio de su Iglesia (*ep*. 34, 5).

Pero volvamos a la metáfora que proponíamos al principio y que aparece dentro del sermón 46, particularmente en su primera parte, la imagen de la lámpara de aceite que es quien desempeña una labor pastoral dentro de la Iglesia y veamos algunas características que ésta debe tener.

1. <u>El buen pastor es una lámpara que debe iluminar</u>

A.Se ilumina con las Sagradas Escrituras

*La misión de quien ha sido constituido como pastor dentro de la iglesia es iluminar al pueblo con la palabra de Dios (*s*. 46, 5), que es la luz que brilla en las tinieblas hasta que despunte el alba. Por ello, el pastor ha sido constituido *dispensator verbi et sacramenti (c. litt. Pet. 3, 67)*. Debe alimentar al pueblo de Dios con su palabra y con los sacramentos, ya que la Biblia no es otra cosa que las cartas que nos envía nuestro Padre Dios que está en la Patria, el Reino de los cielos, y que desde ahí nos anima a que no abandonemos la peregrinación hacia ella (*en. Ps*. 64, 2).

*La predicación pues del buen pastor, debe partir no de doctrinas humanas o filosofías de moda, sino de la reflexión y meditación cotidiana de la Sagrada Escritura. La Biblia es como el río en donde se debe alimentar el predicador de la palabra, quien antes de comenzar a hablar debe rezar, ser un orante antes que un orador (*doctr. chr*. 4, 32): "*En estos montes (la Biblia) que estamos mostrando, manan los riachuelos de la predicación del evangelio (…) y en todo lugar de la tierra se hizo alegre y fecundo para las ovejas que han de ser apacentadas*" (s. 46, 24).

*En medio de un mundo en donde no hay tiempo para nada, el buen pastor debe exhortar a sus fieles a que busquen un espacio y un tiempo para tener un encuentro vivo y significativo con la Palabra de Dios: *"(…) cotidianamente se venden los códices del Señor, los lee el lector; cómpratelos y lee tú también, cuando hay tiempo; mejor dicho, haz que lo haya pues mejor es que lo haya para esto que para frivolidades*" (*s. Dolbeau* 5, 14)

*El buen pastor, pues, como dice san Agustín en el sermón 46, "coloca a las ovejas sobre los montes de Israel": "*Reuníos en los montes de la Sagrada Escritura. Allí se encuentran las delicias de vuestro corazón; nada hay venenoso, nada extraño; hay pastos ubérrimos. Vosotras venid sanas, apacentaos sanas en los montes de Israel*" (*s*. 46, 24)

B. La lámpara que es el pastor se alimenta con aceite

San Agustín se refiere en primer lugar a que el pastor tiene derecho a su salario (Mt 10, 10). Como una lámpara para alumbrar necesita tener aceite, necesita tener sus necesidades materiales cubiertas. Para ello san Agustín cita las palabras de 1 Cor 9, 7 en el sermón 46: "*¿Quién apacienta un rebaño y no bebe de su leche?*" (*s*. 46, 3), para señalar tres cosas. En primer lugar que el pastor aunque tenga derecho a que sus necesidades materiales sean cubiertas por aquellos a quienes se dirige su labor pastoral, no debe cifrar todo su interés en el remediar dichas necesidades. Ejercer la labor de pastor de almas dentro de la Iglesia católica no es un oficio o trabajo como cualquier otro. Es un ministerio, es algo que se ha recibido como encargo de parte de Dios, y en donde el corazón está puesto en el servicio de la caridad, en ejercer un oficio de amor misericodioso (*misericordiae officium*: s. 46, 4.), no en buscar mezquinamente una manera de satisfacer las propias necesidades, por eso el buen pastor: "*no se alegra tanto de que hayan socorrido su necesidad, sino que se congratula en la fecundidad de las ovejas*" (s. 46, 4).

En segundo lugar es preciso exhortar y enseñar a las ovejas a interesarse por sus pastores, pues ellos reciben su trabajo y su servicio, y las ovejas no puden desentederse de sus necesidades materiales. La preocupación por los pastores es una manera a través de la cual las ovejas manifiestan que la obra de Dios en ellos está dando fruto. San Pablo no exigía el pago que por derecho le correspondía, pero, dice san Agustín, aceptaba lo que los fieles le daban, pues: "*deseaba que todas las ovejeas diesen fruto y no fueran estériles sin la abundancia de leche* (para sus pastores)" (s. 46, 4).

En tercer lugar, hablando de la compensación que se recibe por el ministerio pastoral, san Agustín deja muy claro que no se trata de un pago, ni tampoco de la recompensa, es sólo una manera de satisfacer las propias necesidades materiales y de crear un compromiso de los fieles con los ministros de Dios. La única recompensa del pastor agustiniano, en el sentido pleno de la palabra, está en Dios. Se equivoca quien busca en el ministerio pastoral la propia gloria, la exaltación del propio ego. El trabajo pastoral se ejerce en el nombre de Dios, buscando la gloria de Dios y sabiendo que la recompensa está sólo en Dios (*mercedem dispensationis a Domino*: s. 46, 5).

Por ello san Agustín condena a los ministros de la Iglesia que ven en el trabajo pastoral un estrado en el que enaltecer sus propias personas, para hacerse objeto de alabanza y exaltación por parte de sus ovejas. Quien hace esto, se viste con la lana de las ovejas, es decir busca los honores y alabanzas (*s*. 46, 6), pero se equivoca, pues su función no es colocarse en el centro ni en el punto de mira de los fieles. La labor pastoral se hace en el nombre de Cristo y sólo a él es preciso tributarle la gloria. El mal pastor alimenta su ego y soberbia con la labor pastoral, desplazando a todos, porque se cree que él es el único protagonista, llegando a desplazar al mismo Cristo. Así dice san Agustín: "*Se glorían los pastores, pero el que se gloría, que se gloríe en el Señor [2 Cor 10, 17]. Esto es apacentar (el cuerpo de) Cristo, esto es apacentar en Cristo, y apacentar con Cristo, no apacentarse a sí mismo dejando fuera a Cristo*"(s. 46, 30).

C. Es una lámpara que debe arder y brillar

Quien ha sido constituido pastor de la Iglesia, a pesar de su propio barro, ha recibido el fuego de Dios para ser colocada en el candelero de la Iglesia desde donde debe iluminar al pueblo no sólo con la luz de la palabra de Dios, sino también con el ejemplo de su propia vida. Hay malos pastores, quienes colocados a la vista de todo el pueblo fiel, matan a sus ovejas con el mal ejemplo de su vida (*s*. 46, 9), pues desaniman a las fuertes y a las débiles les dan ocasión de justificar sus propios pecados, como si estas ovejas dijeran: "*si mi prepósito (pastor) vive de esta forma, ¿quién soy yo para no hacer lo que él hace?*" (*s*. 46, 9). Se trata de malos pastores a los que san Agustín aplica las palabras del evangelio: "Haced lo que os dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen" (Mt 23, 3). El mal ejemplo es como un veneno que los malos pastores dan en lugar del alimento con el que matan a las ovejas (*s*. 46, 22).

Para san Agustín será muy importante no sólo la cuestión del testimonio y de tener una buena conciencia, sino también el asunto de tener una buena fama (*ep*. 83, 4). No le basta al pastor de la Iglesia tener la conciencia tranquila, sabiendo que no hace nada ilícito, pero que posiblemente su conducta sea motivo de escándalo para los más débiles y que esto va a ir minando su buena fama y va a ser motivo de caída para quienes estén más débiles en la fe. Por ello san Agustín recomienda al pastor de la Iglesia que sea una persona transparente, sabiendo que su vida está a los ojos de los fieles (*s*. 355, 1), evitando todo tipo de escándalos, viviendo con sencillez y alegría su propia vocación. San Agustín sabe que en ocasiones no es posible evitar los escándalos dentro de la Iglesia, como los que podemos vivir hoy, pero de lo que más se lamenta san Agustín no es de que se den los escándalos, sino de que haya personas que se deleiten con ellos y hagan creer a los fieles que todos los pastores o consagrados viven una mala vida como los malos pastores: " *¿Por qué razón se sientan éstos a juzgar, o qué cosa procuran averiguar sino la caída de algún obispo, clérigo, monje o monja? En seguida creen, discuten, pregonan que todos son lo mismo, aunque no en todos se pueda averiguar (...) Puesto que sacan de nuestros dolores cierto gusto para su mala lengua, podemos compararlos con propiedad a los perros; son, si hemos de entenderlos en mal sentido, aquellos perros que lamían la llaga del pobre Lázaro (...). Pero Lázaro toleró todas las indignidades y fatigas hasta llegar al descanso del seno de Abrahám*" (ep. 78, 6)

Y la solución de san Agustín a estos malos pastores, que viven una mala vida, que han recibido el aceite y no brillan, es muy drástica: como lámparas de barro que no sirven, deben ser desechados: "*Si la lámpara después de haberle echado aceite no luciese, no sería digna de seguir estando en el candelero, sino de ser rota al instante*" (s. 46, 5).

D. Es una lápara que debe iluminar con la doctrina del Evangelio

No es un buen pastor aquel que en su predicación de la palabra de Dios, transige con los gustos y las modas del momento, propugnando un relativismo y una ética de mínimos, alejando a las ovejas de la verdad del evangelio y de la tradición y regla de fe de la Iglesia. Así san Agustín pone en boca de estos malos pastores estas palabras: "*Vivid como queráis, estad seguros, Dios no pierde a nadie; basta con que tengáis fe cristiana*". (*s*. 46, 8). Quienes hacen esto, prometiendo una falsa felicidad en este mundo (*s*. 46, 11) están edificando a las ovejas sobre arena, al llegar la tribulación, sucumbirán.

El buen pastor edifica a sus ovejas sobre la roca (Mt 7, 24-26), que es Cristo (1 Cor 10, 4), invitándolos a imitar los sufrimientos de Cristo (*Christi passiones imitandae*), no a buscar comodidades y placeres (*s*. 46, 10), recordándoles que si se han acercado al Señor, es preciso prepararse para la tentación, para la prueba (Sir 2, 1: *s*. 46, 10), pues quienes quieran vivir bien en Cristo sufrirán la tribulación (2 Tim 3, 12: *s*. 46, 11). Sin embargo el buen pastor, debe también recordarles a las ovejas que no deben temer, pues la gracia de Dios no les va a faltar, y quien ha mandado la tribulación, anticipadamente ha mandado la gracia y la fuerza para vencerla: "*Prometer la misericordia de Dios a quien está demasiado temeroso y hasta asustado de ello; misericordia que consistirá no en que le falten las tentaciones, sino en que Dios no permitirá que él sea tentado por encima de sus fuerzas* (…)" (s. 46, 12).

E. Es una lámpara que debe iluminar para guiar a los débiles y extraviados

El pastor de la Iglesia debe también, como una lámpara que ilumina, cuidar a las ovejas enfermas, particularmente a las ovejas enfermas en el espíritu, tanto a aquellas ovejas que sufren de la enfermedad de algún pecado que les ha quitado la libertad y la alegría, como particularmente a las ovejas que son como el paralítico del evangelio, quien para ser presentado ante Cristo hubo que quitar el techo del lugar en donde estaba el Señor y ser descolgado. Estas ovejas se asemejan

al paralítico pues están dominados por la parálisis del pecado, concretamente de la concupiscencia y ésta les hace incapaces de hacer el bien. El buen pastor, como Cristo y en nombre de Cristo les devuelve la salud del alma: "*Es como si quisieras hacer esto con el alma: abrir el techo, poner ante el Señor el alma paralítica, descoyuntada en todos sus miembros y sin obra buena alguna, cargada con sus pecados y sufriendo con el mal de su deseo (...) Llegue a él aquella consolación con la que se venda lo que está fracturado: Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados por encima de lo que podéis soportar* (…) (s. 46, 13)".

El buen pastor de la Iglesia busca también a las ovejas perdidas, predicando e insistiendo a tiempo y destiempo (2 Tim 4, 2: *s*. 46, 14), no poniendo pretextos humanos pensando que no van a escuchar, que no van a prestar atención o que lo que se pueda hacer es perder el tiempo. El pastor de la Iglesia es un ministro que ha recibido unos talentos de parte del dueño que es Dios (Lc 9, 21 ss) y con ellos debe negociar, anunciar la salvación a todos, sin pereza, sin preguntarse si será útil o no. El pastor es un servidor, no un cobrador. En el día del juicio será Dios quien les pida cuenta a quienes no quisieron escuchar las palabras de la predicación y la invitación a la conversión. El deber del pastor es predicar, hablar, insistir, negociar con los talentos recibidos de Dios: "*Frecuentemente se dice esto otro: '¿por qué lo corriges? Es tiempo perdido, no te escucha. Pero yo', dice él, 'no quise dar para no perder tu dinero'. Él contestó: 'Debías haber dado mi dinero, para exigirlo yo al volver con los intereses, te puse como dador, no como cobrador; tu debías haberte preocupado de dar, dejándome a mí el cobrar'* " (s. 339, 4)

El buen pastor cuida a las ovejas más necesitadas y débiles, manifestando su caridad de pastor particularmente con aquellos que no le pueden corresponder: "*Somos siervos de su Iglesia, particularmente de sus miembors más débiles*" (*op. mon*. 29, 32). Y san Agustín va a poner esto en práctica. El día del aniversario de su ordenación episcopal, san Agustín ofrecía una comida para los pobres de Hipona, para aquellos que juntamente con él eran pobres (*compauperes*) (*s*. 339, 4). San Posidio en la *Vita Sancti Augustini* nos cuenta que en un caso de necesidad, san Agustín, al igual que lo había hecho san Ambrosio y otros santos, mandó vender los vasos sagrados para con el dinero socorrer a unos cautivos e indigentes. (*Vita Augustini*, 24)

F. Es una lámpara que debe cada día configurarse más con la Luz que es Cristo

Si es verdad que el pastor es una lámpara y que ha recibido la luz y el fuego de Dios, debe procurar todos los días -con su intensa vida espiritual, con su proceso de formación continua, con su trabajo, su vida comunitaria y la recepción frecuente de los sacramentos- configurarse más íntimamente con Cristo, el Sumo Sacerdote, en cuyo nombre ejerce su ministerio, de tal manera que la voz de Cristo se prolongue a través de la voz del pastor, y el amor del mismo Cristo se muestre y manifieste en la caridad el pastor. Son ellos, los pastores, los que visiblemente apacientan a las ovejas, pero en realidad quien las apacienta no es otro que el único pastor, Cristo. Es más, para san Agustín todos los buenos pastores no son sino una sola cosa, forman una unidad dentro del gran cuerpo de Cristo que es la Iglesia, y quien apacienta a la Iglesia es el mismo Cristo; se da una unidad de caridad: "*Pero todos los buenos están en uno, son una sola cosa. Apacientan ellos, es Cristo quien apacienta. Los amigos del Esposo no dicen que es su voz propia, sino que gozan de la voz del esposo. Por lo tanto, es él mismo quien apacienta cuando ellos apacientan. Dice: Soy yo quien apaciento; pues en ellos se halla la voz de él, en ellos su caridad*". (*s*. 46, 30)